

Maya Santacruz, Natalia, "Tras la vigilia, los animaliyos", *Artecontexto*, n° 18, Madrid, p. 135.

*Tras la vigilia, los animaliyOs*  
Juan Zamora: Playing with my self  
Madrid  
Espacio Sin Título

Vale, Juan Zamora es un nuevo y joven talento, a su temprana edad ya se coló en un par de colectivas importantes, ya ha ganado premios revelación y ha participado en certámenes de los que acotan a menos la edad de los participantes. Dicho esto hablemos de sus dibujos que no necesitan más espacio que las hojas de un cuaderno de bolsillo, o en su defecto, las breves paredes del Espacio Sin Título.

Las hojas de esos cuadernos están dispuestas sobre el muro, o mejor, integran a las paredes en el dibujo total, a través de una sutil línea de horizonte que comienza en la pared y que continúa en el papel. De esta forma, todo se ubica en un mismo plano. Lo que sucede en el papel, sucede en la pared, y el muro no es más que otra hoja blanca dispuesta a ser dibujada. Es la superficie que Zamora encontró para dar continuidad al hábitat en el que viven sus personajes.

Además de esta línea dimensional detalles como una nube, un bombillo prendido, una flor, un árbol con sus raíces, completan la biosfera de ese mundo. Y aún más, a medio esconder, en el reverso de las hojas, aprovechando la transparencia del papel, vemos alas, nubes, brazos. Intercalados entre los papeles, un par de dibujos cobran vida con una animación simple. En un pequeño plasma, del mismo tamaño de las hojas, se comunican con un sólo movimiento repetitivo y un sonido gutural, animalesco. De improviso, actúan y sorprenden.

Los seres que habitan en este lugar son figuras antropomórficas que dejan ver conductas humanas. Sus cabezas rodantes, sus cuerpos alargados, cuadrúpedos, descabezados, huecos, macrocefálicos, con órganos y gestos animales -de hecho el propio artista les llama animaliyOs- adquieren volumen con el trazo rugoso de los lápices de color. Son personajes de miradas inocentes y desprevenidas con las que se observan a sí mismos, no les interesa lo que está afuera.

Podría ser engañosa esa primera sensación de fragilidad, de marginalidad, y quien quiera ver fenómenos circenses no los encontrará aquí porque Zamora los ha trasladado a ese lugar (sus cuadernos) donde se pueden comportar con naturalidad. Ahí, el miedo, la vergüenza, lo grotesco, lo absurdo, el desconcierto, la fealdad hacen parte de una naturaleza que no tiene defectos, y no porque sea perfecta, sino porque esa variable que juzga y señala lo que no debe ser, no existe.

Así como la técnica no encierra ningún truco, y aunque Zamora no esté interesado en elaborar psicologismos y sus dibujos no tengan la intención de presionar sobre la realidad, digamos que sí se comportan como fábulas que advierten sobre esas cosas horribles y frívolas que nos hacen excluyentes, acomplexados y por las que cargamos con pequeñas miserias. Lo cierto es que son evidentes porque vemos que los animalillos carecen de ellas y tampoco les interesa verlas en los demás.

El artista cuenta que dibuja en jornadas de vigilia. El insomnio, previo a la llegada del cansancio, tiene una curiosa capacidad excitante y quizá sea por ello que, en ese estado, somos capaces de imaginar más libremente. Zamora compone sin reparos con un trozo de este animal, otro trozo de este humano y un poco de este otro androide.

Si suponemos que continua jugando en la intimidad de sus cuadernos de 15 x 20 y la sencillez permanece, quizá haya larga vida para más mundillos sutiles y bizarros.